

GRAVIDEZ E TEMPORALIDADE NA PERSPECTIVA FENOMENOLÓGICA

GESTACIÓN Y TEMPORALIDAD EN PERSPECTIVA FENOMENOLÓGICA

Olaya Fernández Guerrero¹

<https://orcid.org/0000-0001-8795-0858>

Resumo: Este artigo investiga a experiência psíquica e física da gravidez a partir de uma perspectiva fenomenológica para destacar duas facetas da temporalidade que ocupam o centro desse momento vital: a espera ativa e os sentimentos de expectativa e incerteza que acompanham o processo. Em primeiro lugar, pode-se dizer que a gravidez é um tempo de espera caracterizado pela ação. O tempo de gestação é marcado pelos preparativos para aquele momento de finalização e surgimento de um novo ser vivo, antecipado desde o início do processo. O nascimento do bebê é um evento planejado pela mãe, mas ela não sabe os detalhes de como ele irá se desenvolver, e sempre há o risco de a gravidez não ter sucesso. Por estes motivos, a gravidez é inexoravelmente acompanhada de incertezas e medos onde se refletem as possibilidades de o processo ser truncado e, neste sentido, é uma espera aberta ao inesperado. Em suma, a gravidez é caracterizada pela alternância de elementos contraditórios; é uma combinação de esperança e medo focada na nova vida que está por vir.

Palavras chave: Fenomenologia, Gravidez, Temporalidade

Resumen: Este artículo indaga en la vivencia psíquica y corporal de la gestación desde una perspectiva fenomenológica para poner de relieve dos facetas de la temporalidad que cobran protagonismo en ese momento vital: la espera activa, y los sentimientos de expectativa e incertidumbre que acompañan el proceso. En primer lugar puede decirse que el embarazo es un tiempo de espera caracterizado por la acción. El tiempo de gestación queda marcado por los preparativos para ese momento de culminación y emergencia de un nuevo ser vivo, anticipada desde el inicio del proceso. El nacimiento del bebé es un acontecimiento previsto por la gestante pero esta no conoce los detalles sobre cómo se desarrollará, y siempre existe además el riesgo de que el embarazo tenga un resultado fallido. Por estas razones la gestación va inexorablemente acompañada de incertidumbres y temores donde se plasman las posibilidades de que el proceso quede truncado, y en este sentido es una espera abierta a lo inesperado. En definitiva, la gestación se caracteriza por la alternancia de elementos contradictorios, es una combinación de esperanza y miedo enfocada hacia la nueva vida que es y está por-venir.

Palabras clave: Fenomenología, Gestación, Temporalidad

¹ Doctora en Filosofía, Profesora Contratada Doctora de Filosofía Moral, Universidad de La Rioja (España), olaya.fernandez@unirioja.es

Introducción: consideraciones filosóficas sobre maternidad y temporalidad

A lo largo de la historia de la filosofía la cuestión de la gestación, y de la maternidad en general, ha recibido poca atención, y los pocos filósofos que se han referido a ello lo han hecho de modo metafórico. El ejemplo más célebre en este sentido es, quizás, el de Sócrates, quien por medio de su método mayéutico “ayudaba a dar a luz” las ideas que estaban ya contenidas en el intelecto de sus interlocutores. Villarrea y Masó ponen de manifiesto esta falta de interés filosófico en la maternidad, y la consiguiente escasez de estudios que la aborden explícitamente (2015, 1). Una crítica similar es planteada por Sara Ruddick, quien señala que “la filosofía no habla del nacimiento, habla de individuos que ya saben leer y hablar, que son racionales” (1990, 190). En el contexto actual, debido fundamentalmente al auge del feminismo y a la creciente presencia de mujeres en el ámbito de la investigación filosófica, han empezado a surgir algunas propuestas en torno a estas cuestiones, si bien es un campo poco explorado aún.

El presente estudio pretende contribuir a esa incipiente línea de reflexión. Desarrollar una filosofía de la gestación en sentido amplio sería una tarea imposible de abarcar en este contexto, de modo que nos centraremos en un aspecto concreto de la vivencia de la gestación, a saber, la temporalidad, y las diversas tonalidades de esperanza e incertidumbre que colorean esa etapa de la existencia femenina. Para este acercamiento nos basaremos en planteamientos procedentes de la fenomenología y de la filosofía de la alteridad, así como en las propuestas de la filosofía feminista.

La filósofa española Carmen López Sáenz alude a la conexión entre la reivindicación fenomenológica feminista de las experiencias vividas por las mujeres y los valores ligados a esas experiencias, fundamentalmente el valor del cuidado, erigido en universalizable (2014, p. 51). Alude además al carácter de sabiduría corporal asociado a la gestación, el parto o la lactancia, y a la aportación que la reflexión sobre esas experiencias puede hacer a la fenomenología del cuerpo vivido, del *Leib* en su sentido clásico. También Adrienne Rich, en su conocida obra *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*, reivindica que el embarazo y el parto “puede significar la experiencia del propio cuerpo y de las emociones de una forma por demás intensa” (1996, 77). La dimensión ética del embarazo sugerida por López Sáenz aflora de modo totalmente explícito en la obra de Sara Ruddick, que afirma que dar a luz es “una expresión de confianza en los otros y una determinación de llegar a ser merecedor de confianza. Es una expresión de esperanza en uno mismo y en la ‘naturaleza’, la propia y la del niño al que uno ha alumbrado” (1990, 207). A

través de este prisma, optar por la gestación se entiende como un acto de fe en la humanidad en general, particularizado en la persona del hijo o hija concreto que nace como resultado de ese acto creativo/reproductivo.

Como ya se ha indicado anteriormente, la gestación es abordada en este estudio desde el punto de vista de la temporalidad. La fenomenología ha mostrado las diversas modalidades que caracterizan nuestra vivencia del tiempo, poniendo de manifiesto su heterogeneidad. Ese abordaje evidencia que la percepción subjetiva del tiempo es ella misma temporal, lo que da pie a hablar de un “tiempo subjetivo” determinado por los modos en que ese tiempo se hace presente a la conciencia (BARATA, 2009).

Siguiendo a Bergson, asumimos que todo organismo individual es un brote que ha crecido en el cuerpo combinado de sus padres (1985, 50). Para el autor francés, el amor materno “nos muestra a cada generación inclinada sobre la que ha de sucederle. Nos deja entrever que el ser vivo es, sobre todo, un lugar de paso, y que lo esencial de la vida está en el movimiento que la transmite” (1985, 122). La maternidad implica por tanto una intensificación de la vivencia del tiempo en su dimensión creadora, en el sentido de que el *élan vital*, la fuerza e impulso de la vida, se transfiere y difunde de un ser vivo a otro, de la madre a su vástago. El tiempo de la gestación es vivido fenoménicamente como un ser-para-la-vida, una vida nueva que crece, se manifiesta y adviene al mundo en y a través del cuerpo de la mujer gestante.

La reproducción se entiende además como un modo de expandir la propia temporalidad, ampliada a través de la descendencia: “en el “aún no” de la paternidad [...] se puede vivir más allá de los límites de esta vida, más allá de todo presente posible para nosotros en cuanto seres finitos” (DI GIACOMO, 2016, 54). En el hijo, surgido de la fusión de dos cuerpos distintos, el mundo prolonga el mundo, “el simple presente deserta de sí mismo, el tiempo de los relojes se aparta de la existencia humana”. (DI GIACOMO, 2016, 63-64). La gestación da paso a una nueva forma de temporalidad radicalmente marcada por los ritmos biológicos de la nueva vida que crece y empieza a surgir en el cuerpo de la madre. María Martín Gómez alude a esta vivencia cuando afirma, en su *Diario de una filósofa embarazada*: “me has enseñado que un bebé llega al mundo para demostrarnos que otro ritmo de vida es posible. Porque contigo ya no hay prisas, ni tiempos, ni cronómetros” (2021, 94).

En los siguientes apartados nos centraremos en dos facetas de la temporalidad estrechamente asociadas a la gestación: la espera activa, y los sentimientos de expectativa e incertidumbre que acompañan el proceso. Como afirmó Bloch, “anhelo, espera, esperanza

necesitan su hermenéutica, el alborear de lo ante-nosotros exige su concepto específico” (2017, 29), de ahí el interés y la pertinencia de tematizar estos aspectos del embarazo, donde las actitudes de espera y anhelo cobran el máximo protagonismo.

Embarazo como espera activa

La espera forma parte de la estructura constitutiva del ser humano, por tanto podemos afirmar que se trata de una categoría ontológica. En la vivencia de la espera el tiempo se percibe como un presente volcado hacia un futuro anticipado, prefigurado, que traerá consecuencias negativas –a las que se teme- o positivas –que se anhelan-, puesto que “el futuro contiene lo temido o lo esperado” (BLOCH, 2017, 27).

El presente se percibe aquí eminentemente como un obstáculo que nos separa de un acontecimiento futuro, es el intervalo que nos separa del “aún no”, de lo que está por venir y que pre-vemos y pre-decimos en el momento actual: “Nunca hubiéramos podido experimentar ningún plazo si no hubiéramos esperado; pero tampoco hubiéramos tenido que esperar si la resistencia del presente no nos hubiese opuesto como una resistencia a la compacidad de algún plazo” (GRIMALDI, 2005, 60). Para este autor, la experiencia de la espera se fundamenta principalmente en una particular manera de vivir la temporalidad, hasta el punto de afirmar que “al identificarse con una pura espera, la conciencia se abre al tiempo” (2005, 60).

En el marco de la espera la relación con el tiempo se fundamenta en el futuro, la conciencia está intencionalmente volcada hacia él y el individuo ‘vive’ esa espera de dos formas posibles: como espera pasiva, donde se aguarda la llegada del futuro cuyo advenimiento es ajeno e independiente de las acciones del sujeto, o como espera activa, que implica la intervención directa del individuo y su contribución a producir y dar lugar a que ese futuro previsto acontezca. En este estudio sostenemos la tesis de que en la gestación predomina el segundo tipo de espera, pues se trata de un periodo caracterizado primordialmente por la acción; en el horizonte de cotidianidad de la gestante irrumpe la presencia de una nueva vida y muchas de sus tareas diarias se orientan hacia la buena marcha del embarazo y hacia la preparación del nacimiento anticipado durante meses: cuida la alimentación y el descanso, realiza frecuentes controles médicos, adquiere enseres de cuidado infantil, decora la habitación del bebé, etc. El tiempo de gestación queda así marcado por los preparativos para ese momento de culminación y emergencia de un ser vivo, que es el desenlace previsto desde el inicio del proceso. La mujer se abre a esa experiencia y se deja

atravesar por ella: “La mujer gestante es un sí mismo activo cuya actividad consiste en un dar, una creación de otro que no podría vivir sin ella” (RUDDICK, 1990, 210).

La gestación es una espera empíricamente determinada, con límites definidos y más o menos predecibles: comienza en el momento de la constatación del embarazo, y culmina cuando el embarazo llega a su fin –ya sea por el nacimiento del bebé o por la interrupción del embarazo-. En todo caso, en ese contexto “es la espera la que estructura el tiempo y da a los distintos momentos su distinto valor” (GRIMALDI, 2005, 60). El periodo de gestación, sobre todo cuando la madre es primeriza, está marcado por vivencias únicas, por “primeras veces” que constituyen en muchos casos experiencias de gran intensidad y largamente recordadas por las mujeres: el primer test positivo, la primera ecografía, la primera vez que se escuchan los latidos del corazón del feto, e indudablemente la primera vez que ve a su bebé recién nacido.

Esta experiencia no es homogénea, ya que cada embarazo es único y no todas las subjetividades lo viven de igual manera, ni en el plano físico ni en el psíquico. La propia espera asociada a la gestación no es tampoco plana, sino que atraviesa diversas fases e intensidades: más calmada al principio, más acuciante al final del embarazo, cuando las molestias físicas son más notorias y se siente impaciencia ante la proximidad del parto. En este sentido, Miglio (2019) señala la necesidad de reflexionar sobre el embarazo desde una perspectiva temporal para identificar qué respuestas motoras y afectivas se desencadenan en cada momento del proceso. La filósofa italiana alude a la multiplicidad de temporalidades complejas, no lineales y emergentes que se asocian a la gestación, y que dan lugar a diversas experiencias y formas de interacción entre embarazada y feto.

Adrienne Rich refiere que “durante mi propio embarazo tuve que lidiar con esta espera, con este destino femenino, negando cualquier aspecto activo o vigoroso de mí misma” (1996, 80). La gestación marca e impone su propio ritmo a la vida y a la existencia de la mujer, irrumpe en su cotidianeidad y la trastoca a muchos niveles. Esta experiencia no es homogénea, ya que cada embarazo es único y no todas las mujeres lo viven de igual manera, ni en el plano físico ni en el psíquico.

María Martín Gómez analiza sus vivencias como gestante y destaca que el embarazo supone aprender “una nueva forma de dialogar. Interior, sí, pero mucho más íntima y compenetrada. Una vez más es imposible que la filosofía, masculinizada, haya podido recoger esta experiencia de diálogo en ningún ensayo o manual. Existe una situación única en la vida en la que el diálogo interior no es con uno mismo, sino con su bebé” (2021, 66). La gestación implica así un encuentro privilegiado con la alteridad de otra vida que se hace presente, que se

patentiza en el propio cuerpo femenino. La futura madre dialoga con esa alteridad en proceso de constituirse e independizarse. La simetría no es necesaria –ni posible- en este caso, porque “la relación puede subsistir aun cuando el ser humano a quien digo Tú no lo perciba en su experiencia” (BUBER, 1995, 11).

Entre la gestante y su criatura se establece una relación directa, de reciprocidad e inmediatez, donde el Tú sale al encuentro del Yo, por decirlo con Buber (1995, 13). Esa relación “significa ser elegido y elegir, pasión y acción unitariamente” (BUBER, 1995, 13), una descripción muy apropiada para lo que sucede durante el embarazo. La maternidad es ‘padecida’ por la mujer gestante, cuyo cuerpo es afectado por los procesos biológicos y hormonales que sacuden su organismo a medida que el feto crece y se desarrolla. A la vez, la gestante decide y elige cómo comportarse y cómo afrontar lo que le sucede; así, puede adoptar una actitud de resignación, de entusiasmo, de desánimo, de impaciencia, etcétera, o bien –y es lo más frecuente- vivir esa etapa transitando por todas esas emociones y estados de ánimo.

Al inicio del embarazo la presencia del feto pasa inadvertida, pero a medida que avanza el proceso hay una separación gradual entre ambas entidades que la mujer experimenta, en todo caso y en todo momento, como su propia vivencia, como experimentación de una alteridad que está dentro de ella y que en cierto modo le pertenece: “Ni siquiera durante el embarazo experimenté el embrión como algo decisivamente interno, según las palabras de Freud, sino más bien como algo mío y que estaba dentro, y, sin embargo, cada día y cada hora se iba convirtiendo en algo suyo, más separado de mí”, describe Adrienne Rich (1996, 113). El feto no es una otredad en sentido estricto, tampoco es mismidad que coincida idénticamente con la subjetividad y corporeidad de la persona gestante, sino que puede tematizarse como una modalidad del ser-entre, en términos heideggerianos (SMITH, 2016).

Cuando se acerca la fecha prevista para el nacimiento la sensación de espera se intensifica, pues el acontecimiento futuro que llegará y pondrá fin a esa espera se percibe como algo muy cercano. “La intención en todos los afectos de la espera señala hacia adelante, la temporalidad de su contenido es futuro. Cuanto más próximo se halla éste, tanto más intensa, tanto más ‘ardiente’ es la intención de la espera como tal” (BLOCH, 2017, 141).

La espera que caracteriza al embarazo supone además una apertura hacia lo desconocido, un anhelo de algo nuevo que se desarrolla en el interior de la madre y que se desvelará plenamente en el momento del alumbramiento (FERNÁNDEZ GUERRERO,

2023). La gestante aguarda la llegada de un ser vivo que surge y crece en sus entrañas, y cuyos rasgos físicos y psíquicos son una incógnita para ella. Sin embargo, y aquí se plantea la dimensión ética de la maternidad en toda su magnitud, la madre ya ama a ese hijo o hija, desea y anhela el nacimiento de ese bebé y se siente interpelada por él, tiene la vocación de cuidar y proteger a esa criatura indefensa a la que todavía no conoce, pero hacia la que ya siente un vínculo de responsabilidad. María Martín Gómez se refiere a esta paradoja: “¿Cómo puede extrañarse a alguien que no existe todavía? ¿Cómo puede pensarse en alguien que todavía no era nada? Pues ya ves la conexión tan radical que hay entre una madre y un hijo” (2021, 176).

El embarazo posibilita, por tanto, una vivencia particularmente intensa y activa de la espera, ya que a lo largo de la gestación la mujer experimenta de forma directa e íntima el crecimiento de una nueva vida, su movimiento y gradual desarrollo, que concluirá – previsiblemente- con el nacimiento de un bebé cuya llegada se vislumbra, se anhela y se prepara durante meses.

Alternancia de esperanza e incertidumbre durante el periodo de gestación

El nacimiento del bebé es un acontecimiento previsto por la gestante pero esta no conoce los detalles sobre cómo se desarrollará, en qué momento exacto va a producirse, etc., y siempre existe además el riesgo de que el embarazo tenga un resultado fallido: un aborto espontáneo, una complicación médica, un parto que haga peligrar la vida de la madre y/o la del hijo o hija, la presencia de enfermedades que comprometan la supervivencia del bebé, etc. Por estas razones la expectativa de que la gestación llegue a su fin va inexorablemente acompañada de incertidumbres y temores donde se plasman las posibilidades de que el proceso quede truncado o que no finalice del modo deseado e imaginado. En este sentido Rich afirma, certeramente, que “lo primero que siente una mujer que concibe su primer hijo es temor a lo desconocido” (1996, 243). María Martín Gómez coincide en esta apreciación: “Es inevitable, mientras estás embarazada por primera vez, pensar frecuentemente en el momento del parto. Una no sabe lo que la espera y a veces tiene miedo” (2021, 76).

El temor, en tanto que miedo proyectado hacia el futuro, forma parte de la experiencia de la espera, como ya advierte Bloch: “Lo verdaderamente propio no se ha realizado aún ni en el hombre ni en el mundo, se halla en espera, en el temor a perderse, en la esperanza de lograrse. Porque lo que es posible puede igualmente convertirse en la nada que en el ser” (2017, 293). El proyecto de ser madre, que arranca en el momento de la concepción, puede

malograrse en cualquier parte del proceso, ya que la mujer no controla los diversos factores que intervienen en la gestación ni puede evitar malformaciones, abortos espontáneos y otro tipo de complicaciones que pueden poner en peligro su vida y/o la del feto. El embarazo, en este sentido, siempre lleva aparejada una cierta dosis de riesgo, y las mujeres lo saben –lo sabemos- incluso desde antes, si bien durante la gestación esa sensación de temor e incertidumbre se hace más patente y pasa a primer plano. En esta vivencia “hay un impulso y una ruptura, una incubación y una anticipación de lo que todavía no ha llegado a ser. Y esta ruptura, que es a la vez un comienzo, no tiene lugar en el sótano de la conciencia, sino en su primera línea” (BLOCH, 2017, 35).

Adrienne Rich señala que esta dimensión de incertidumbre es inherente a la gestación, ya que “el cuerpo de la mujer, con su capacidad para gestar, dar a luz y criar nueva vida, ha constituido, durante todas las épocas, un territorio de contradicciones” (1996, 164). Esas contradicciones son explicitadas por la autora, que describe “la crisis psíquica que sobreviene a la concepción del primer hijo o hija, la conmoción de los sentimientos largo tiempo guardados hacia la propia madre, la sensación confusa de poder y de impotencia, de no controlar nada, por un lado, y de poseer nuevas potencialidades físicas y psíquicas, por el otro, y una sensibilidad acrecentada que puede ser estimulante, provocar aturdimiento o extenuación” (1996, 75). Sara Ruddick se refiere asimismo a la multiplicidad de emociones asociadas a la maternidad, en las que incluye el amor, pero también el odio, la frustración o la inquietud (1990, 68).

Además del temor asociado al propio proceso de gestación y sus secuelas físicas, Rich se refiere a un miedo de otra índole, y que se asocia a la irreversibilidad de la maternidad y todo lo que esta trae consigo: “el miedo al cambio, a la transformación, a lo desconocido. El embarazo puede experimentarse como la extinción de un ser anterior” (1996, 249). Ser madre, en tanto que proyecto vital, supone asumir un compromiso enorme –e imposible de describir y explicitar *a priori* en todos sus pormenores- con un nuevo ser que vendrá al mundo como resultado de la decisión de esa mujer, y cuya subsistencia y desarrollo dependerá en gran medida de los cuidados y la atención que esa madre le proporcione. Esto marca un antes y un después en la vida de la mujer, ya que a partir del momento en que es madre y acepta esa nueva condición en toda su extensión, nada vuelve a ser lo mismo, ni ella vuelve a ser la misma. La categoría de “madre” pasa a formar parte de su identidad individual y, según las circunstancias en que se ejerza la maternidad, puede provocar que otros aspectos de esa identidad queden subordinados o anulados por completo.

La espera maternal se caracteriza por la ambivalencia, ya que se alternan los momentos de ilusión y esperanza ante el ‘milagro de la vida’ al que la mujer asiste en primera persona con los instantes de miedo, duda e incertidumbre con respecto a la gestación y sus resultados y consecuencias. Martín Gómez reconoce, en este sentido: “estoy expectante ante la inexperiencia de no saber cómo va a resultar tu desarrollo” (2021, 102).

La gestación es vivida como una apertura hacia lo desconocido, como ya se ha señalado anteriormente. Junto a los temores, la mujer siente también la esperanza volcada hacia la feliz llegada de su bebé: “imaginar un futuro mejor, contigo, me llena de esperanza” (MARTÍN GÓMEZ, 2021, 137). Tanto el temor a la pérdida como el anhelo de abrazar al nuevo hijo forman parte de las expectativas y anticipaciones que la embarazada se plantea, si bien ninguna de ellas está predeterminada de antemano. Dirá Bloch: “ambos, la nada como el todo, en tanto que caracteres utópicos, en tanto que determinaciones amenazadoras o plenificantes del mundo, no están, de ninguna manera, ya decididos” (2017, 36), y esa impredecibilidad tiñe la espera de la gestante.

Consideraciones finales

La gestación es una cuestión poco trabajada en el ámbito de la filosofía, y solamente en épocas muy recientes comienza a recibir algo de atención. Este estudio ha pretendido contribuir a ese campo de indagación, para ello se ha enfocado en la vivencia de la gestación y en las experiencias de temporalidad que afloran de ella.

Hemos caracterizado el embarazo como un tiempo de espera activa (en el habla popular se utiliza la expresión “dulce espera” para referirse a ese periodo), si bien hemos señalado que en el horizonte vivencial de esa espera se intercalan las emociones de carácter positivo (esperanza, afecto, anhelo) con otras de carácter negativo (miedo, incertidumbre, rechazo, etc.), que se manifiestan con distinta intensidad en cada mujer y en cada gestación.

En todo caso podemos concluir que la vivencia de la gestación se caracteriza por la alternancia de elementos contradictorios, es una espera entreverada de miedo y esperanza enfocados hacia una nueva vida cuya llegada es prevista y anticipada por la madre, y que provocará una transformación definitiva e irreversible en la existencia de esa mujer. La gestación trasciende así lo biológico y adquiere una dimensión vivencial que ofrece contenidos interesantes para la reflexión filosófica, como se ha querido poner de manifiesto en este texto.

Referencias bibliográficas

- BARATA, André. Percepção, tempo de percepção, percepção do tempo. *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura*, v. 185, n. 736, 2009, pp. 245-254. Disponible en <https://doi.org/10.3989/arbor.2009.i736.277>
- BERGSON, Henri. *La evolución creadora*. Madrid: Espasa Calpe, 1985.
- BLOCH, Ernst. *El principio esperanza* (1). Madrid: Trotta, 2017.
- BUBER, Martin. *Diálogo y otros escritos*. Barcelona: Riopiedras, 1997.
- BUBER, Martin. *Yo y tú*. Madrid: Caparrós Editores, 1995.
- DI GIACOMO, Mario. Caricia, alteridad y trascendencia en el pensamiento de Emmanuel Lévinas. *Apuntes filosóficos*, vol. 48, n. 25, 2016, pp. 46-68.
- FERNÁNDEZ GUERRERO, Olaya. Sketch for a Phenomenology of Gestation. *Revista de Filosofía Aurora*, v. 35, 2023. Disponible em <http://doi.org/10.1590/2965-1557.35.e202330506>
- GRIMALDI, Nicolás. Esbozo de una metafísica de la espera. *Thémata*, n. 35, 2005, pp. 55-65.
- LÓPEZ SÁENZ, Carmen. Fenomenología y feminismo. *Daimon. Revista internacional de filosofía*, n. 63, 2014, pp. 45-63.
- MARTÍN GÓMEZ, María. *Diario de una filósofa embarazada*. Tecnos: Madrid, 2021.
- MIGLIO, Nicole. Affective Schemas, Gestational Incorporation, and Fetal-Maternal Touch: A Husserlian Inquiry. *Humana.Mente. Journal of Philosophical Studies*, n. 36, 2019, pp. 67-99. Disponible en <https://www.humanamente.eu/index.php/HM/article/view/299>
- RICH, Adrienne. *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Madrid: Cátedra, 1996.
- RUDDICK, Sara. *Maternal thinking. Towards a Politics of Peace*. Londres: Wordsworth, 1990.
- SMITH, Nicholas. Phenomenology of Pregnancy: A Cure for Philosophy? In: BORNEMARK and SMITH (eds.). *Phenomenology of pregnancy*. Stockholm: Södertörn University, 2016, pp. 15-49.
- VILLARMEA, Stella y MASSÓ, Ester. Cuando los sujetos se embarazan. *Filosofía y maternidad. Dilemata*, n. 18, 2015, pp. 1-11.